

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Buscad los bienes de arriba

En general, los textos bíblicos contraponen los bienes de arriba a los bienes de abajo, las riquezas de Dios y las riquezas del mundo. Por eso la conocida exhortación de San Pablo: “Buscad los bienes de arriba”.

Buscar los bienes de arriba – significa: buscar, ante todo, a Dios. Es el último sentido de nuestra vida humana: volver a Dios, ir hacia el Padre.

Dios es siempre la meta suprema de nuestra vida peregrina. Esto no implica que tengamos que separarnos de todo lo que nos rodea. Todo lo que es de Dios, lo llevamos al corazón del Padre. Busquemos a Dios, encontremos a Dios, amemos a Dios en todas partes.

Porque todos los bienes terrenos no tienen sólo un valor propio sino también un valor simbólico. Los bienes de este mundo son así como una huella, un indicio de Dios: quieren recordarnos a Dios, despertar nuestro amor a Dios, conducirnos a Dios. Por eso San Agustín los denomina un saludo de Dios y San Buenaventura habla de un dedo de Dios. De tal manera la creación quiere conducir y volvernos a nuestro creador.

Pero es muy difícil, usar convenientemente los bienes, sobre todo el dinero. Por eso Jesús habla duramente sobre la riqueza: “Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios” (Lc 18, 25).

Pero no es jamás el dinero o la riqueza como tal, sino su abuso lo que es condenado por Jesús. Siempre está el gran peligro que el hombre se haga esclavo de sus propios bienes y no su dueño.

Además, la riqueza frecuentemente no acerca al hombre a Dios, sino que lo aparta de Él: El rico cree que puede prescindir de Dios. Pone toda su confianza en sus bienes. Corta todas sus relaciones con la divina Providencia. Cree que sus riquezas le permiten dejar a Dios. Espera seguir adelante él solo, por sus propios medios, sin tener que recurrir a Dios.

Entonces, ¿cuál debe ser nuestra actitud frente a los bienes terrenos? Tenemos que ser libres de toda esclavitud interior, de toda atadura incontrolada a los bienes y riquezas terrenas.

La codicia es expresión de nuestro egoísmo, que está muy dentro de nosotros, y contra el cual tenemos que luchar durante toda nuestra vida.

Dios por lo general no exige renunciar al dinero y a los bienes materiales. Lo que pide es que se pongan al servicio de los demás. El que tiene bienes materiales debe saber que la verdadera riqueza no es la que posee, sino lo que da a sus hermanos necesitados. El rico será siempre más feliz dando que recibiendo: y dando de sus riquezas experimentará la generosidad de Dios.

También debemos destruir las barreras entre hermanos y hacernos solidarios con ellos. Porque el que vive la pobreza evangélica no sólo es libre para Dios, sino también libre para los hermanos. Y si decimos hermanos, pensamos en primer lugar en los hermanos materialmente pobres, necesitados y marginados.

Debemos aprender a compartir mucho más consecuentemente lo nuestro con ellos. Es un desafío muy grande, sobre todo en esta época de crisis económica en que todo se nos hace más difícil. Pero frente a tanta miseria y angustia humana no podemos liberarnos de esta gran responsabilidad.

“Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra”, nos recuerda el evangelio, porque las supremas riquezas no son las cosas de este mundo, sino los dones del Reino de Dios.

Queridos hermanos, juntemos, por eso, bienes espirituales, y tratemos de ser ricos ante Dios.

Sólo así podremos evitar el destino del hombre necio: tener que dejar todos los bienes acumulados y aparecer ante Dios con las manos vacías.